

Una fe que ama, un amor que cree. El amor en la primera carta de Juan

RESUMEN

Pocos libros bíblicos hablan del amor de forma tan explícita como la primera carta de Juan. Entre sus líneas se va intercalando de modo magistral la importancia que tienen para los creyentes la fe y el amor, uniendo ambas de modo inseparable. Con todo, las características de este escrito neotestamentario hacen que no resulte tan sencillo como cabría esperar seguir la pista de su discurso sobre el amor. Este artículo pretende trazar un recorrido que facilite al lector transitar la senda que esta carta propone en torno al amor.

PALABRAS CLAVE: Amor, Fe, literatura joánica, 1Jn, Primera carta de Juan

ABSTRACT

Few biblical books speak as explicitly of love as the first letter of John. Masterfully intertwined among its lines is the importance of faith and love for believers, both being inseparable. Nevertheless, the characteristics of this New Testament writing suggest that keeping track of this discourse about love is not as simple as might be expected. This paper aims to trace an itinerary of faith that will make it easier for the reader to walk the path of love proposed by this letter.

KEY WORDS: Love, Faith, Johannine Literature, 1Jo, First Letter of John.

I. LA COMPLEJIDAD DE UNA CUESTIÓN

La primera retransmisión internacional de televisión tuvo lugar el veinticinco de junio de 1967. En este contexto histórico más de cuatrocientos millones de personas escucharon por primera vez una canción inédita, compuesta por John Lennon por encargo de la BBC, con la que se pretendía representar al Reino Unido. Se trata del estreno mundial de “All you need is love”. De haber sido contemporáneo nuestro, no sería extraño que este fuera el himno que hubiera asumido como propio el autor de la primera carta de Juan (1Jn), como lo ha sido para cientos de personas durante de décadas. Si existe una temática esencial que atraviesa este escrito neotestamentario es, precisamente, el amor¹. Esta centralidad innegable tendría que convertir en sencilla nuestra pretensión de rastrear cómo se hace presente el amor en 1Jn, pero sus peculiaridades hacen que no resulte así.

Son muchos los interrogantes en torno a este escrito del Nuevo Testamento. Aunque podamos intuir que algunas cuestiones dogmáticas habían generado escisiones en el seno de la comunidad a la que se dirige, desconocemos quiénes son los destinatarios y quién es el emisor de 1Jn². Al cotejar su vocabulario y su teología con el cuarto evangelio, resulta notoria la estrecha relación entre ambos escritos³. Con todo, de esta comparación solo se deduciría que ambos autores

1 La relevancia de esta temática se hace evidente en la repetición de términos relacionados con esta cuestión. En los cinco capítulos de 1Jn, se recurre dieciocho veces al sustantivo ἀγάπη y en veintiocho ocasiones al verbo ἀγαπάω.

2 De hecho, resulta llamativo cómo se conjuga el “nosotros”, que han visto, han dado testimonio y anuncian (cf. 1Jn 1,1-4), y la persona singular que escribe: «Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis» (1Jn 2,1a). Lieu estudia este uso de pronombres en 1Jn, proponiendo una intención retórica en el modo en que recurre a la segunda y a la primera persona en, LIEU, J. M., «Us or You? Persuasion and Identity in 1 John», *Journal of Biblical Literature* 127 (2008) 805-819.

3 Para una comparativa entre el evangelio según Juan y 1Jn, LIEU, J. M., *La teología delle lettere di Giovanni*, Paideia, Brescia 1993, 31-36; TUÑÍ, J. O., «Las cartas de Juan», en TUÑÍ, J. O., y ALEGRE, X., *Escritos joánicos y cartas católicas* (IEB 8), Verbo Divino, Estella 1995, 176-178; LÓPEZ BARRIO, M., *El tema del agape en la primera carta de san Juan. Estudio de 1Jn 4,7-21: Una perspectiva antropológico-social* (TGST 114), Pontificia Università Gregoriana, Roma 2004, 33-36; MUÑOZ, D., *Cartas de Juan* (CNBJ 3b), Desclée De Brouwer, Bilbao 2010, 16.

compartían ámbito y reflexión creyente, pero no se puede afirmar que resulten ser la misma persona ⁴.

Además de esta dificultad para reconocer a su autor y a sus destinatarios, 1Jn tiene características que hacen muy problemático poder denominarla “carta” en el más estricto sentido de la palabra ⁵. La ausencia de indicaciones temporales o de un saludo inicial la aleja tanto de la segunda como de la tercera carta de Juan ⁶, mientras se acerca a escritos de difícil clasificación, como Hebreos.

El empeño que albergamos los estudiosos de encontrar una estructura para los libros bíblicos no es una manía sin más. El modo concreto en que se organiza un texto es la puerta de acceso al sentido que el autor quiso imprimir en él y ofrece, además, información valiosa sobre su mensaje. Pues bien, entre las particularidades de 1Jn se encuentra también la imposibilidad de hallar una estructura que convenza a todos o, al menos, a la mayoría los autores ⁷.

La ausencia de un esquema claro que nos acompañe al recorrer 1Jn se alía con el característico lenguaje joánico. Este resulta engañoso, pues si bien da la sensación de simplicidad, por emplear un vocabulario escaso y sencillo, no lo es en absoluto. Por más que parezca un escrito repetitivo, este avanza de forma espiral. Vuelve una y otra vez a los mismos argumentos, pero añadiendo diversos tonos y matices

4 Raymond E. Brown hace una amplia presentación de los problemas en torno a la autoría joánica de las tres cartas católicas en, BROWN, R. E., *The Epistles of John. A New Translation with Introduction and Commentary* (AB 30), Doubleday, New York 1982, 14-35.

5 Sobre esta cuestión, BROWN, R. E., *The Epistles*, 86-92; LIEU, J. M., *La teología*, 13-21; LÓPEZ BARRIO, M., *El tema del agape*, 30-33.

6 Ambos textos, que apenas tienen trece y quince versículos respectivamente, comienzan y terminan con un saludo, además de mantener un tono que nos permite considerarlas cartas (2Jn 1-3.12-13; 3Jn 1-2.13-15).

7 Para una mirada panorámica a esta espinosa cuestión, así como a diversas opciones de los estudiosos, MARSHALL, I. H., *The Epistles of John*, Eerdmans Publishing Co., Michigan 1978, 22-27; BROWN, R. E., *The Epistles*, 116-129; THOMAS, J. C., “The Literary Structure of 1 John”, *Novum Testamentum* 40 (1998) 369-381; LÓPEZ BARRIO, M., *El tema del agape*, 25-29; MUÑOZ, D., *Cartas de Juan*, 37-46.56-61; RHEA JONES, P., “A Structural Analysis of 1 John”, *Review and Expositor* 114 (2017) 531-541.

en cada una de sus idas y venidas. Las ideas parecen repetirse, pero nunca lo hacen exactamente igual.

Tal y como anunciábamos al comienzo, por más que el amor sea una temática esencial en 1Jn, no son pocas las trabas que convierten en tortuosa la senda que hemos de recorrer tras él. No saber exactamente ante qué tipo de escrito nos encontramos, desconocer los destinatarios y el autor, no poder reconocer una estructura clara que nos guíe y enfrentarnos a un lenguaje que, aparentando sencillez, resulta envolvente y liso, son los mayores tropiezos que nos vamos a encontrar por el camino. Aún así, no cesamos en nuestro empeño por presentar las claves esenciales con las que 1Jn habla del amor.

La importancia que una cultura da a algo se refleja también en el lenguaje, pues aumenta el número de términos empleados, pues así se diferencian matices y variantes de esa realidad. Esto explica, por ejemplo, que en los dialectos esquimales existan tres raíces lingüísticas distintas para hacer referencia a la nieve. En griego sucede lo mismo en relación al amor, pues se diferencia aquel que es pasional y sexual (ἔρως), del que une a los amigos (φιλία) o del que se siente en el seno de la propia familia (στοργή).

Existe un cuarto término (ἀγάπη)⁸, que es el que nos interesa en este trabajo. Con él se denominaba al amor privilegiado y de gratitud, aunque acabó utilizándose de modo generalizado⁹. El ἀγάπη del que hablaremos en este artículo no se identifica con un sentimiento natural o espontáneo, sino que se caracteriza por salir de sí con el único interés de buscar el bien del otro.

Nos encontramos ante el texto bíblico que, posiblemente, sea el que más y mejor desarrolla la estrecha relación entre la fe y el amor,

8 Stauffer presenta estos verbos en el griego prebíblico en, STAUFFER, E., “ἀγαπάω”, en KITTEL, G. y GRIEDRICH, G. (dirs.), *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, vol. 1, Paideia, Brescia 1965, 92-101.

9 Sobre el amor en el NT y en el judaísmo antiguo, KLASSEN, W., «NT and Early Jewish Literature», en FREEDMAN, D. N. (dir.), *The Anchor Bible Dictionary*, vol. 4, Doubleday, New York 1992, 381-396. Más centrado en 1Jn, LÓPEZ BARRIO, M., *El tema del agape*, 80-92.

entre la ortodoxia y la ortopraxis ¹⁰. Alrededor de estos dos ejes, que permanecen interconectados de modo inseparable, gira la existencia cristiana. Eso explica que vayamos a vertebrar nuestro estudio en torno a ambos elementos, mostrando cómo según este libro el amor ha de creer y la fe está impulsada a amar. Avanzaremos dando tres pasos. En el primero de ellos atenderemos a cómo el objeto y contenido de la fe es el amor, que es Dios mismo. En un segundo apartado prestaremos atención al amor como respuesta agradecida a la revelación divina para, en un tercer momento, recoger y sintetizar lo expuesto, fijándonos en el movimiento y la dinámica del amor en este escrito.

II. CREER EN Y AL AMOR

No podemos negar el peso que la cultura griega ha tenido en los orígenes y el desarrollo del cristianismo. La tendencia a acentuar la dimensión intelectual al hablar de *creer* tiene su origen en esta influencia. Esto ha supuesto el frecuente primado del contenido de la fe frente al acto de creer. La cultura semita, en cambio, no comprende del mismo modo esta acción. El verbo hebreo *confiar* (יָמַן) permanece como transfondo cuando IJn emplea el griego πιστεύω, usado en nueve ocasiones ¹¹. La percepción semita de esta acción está muy vinculada con la estabilidad, con el hecho de afianzarse existencialmente en una realidad sólida y permanente, siendo YHWH la Roca firme sobre Quien asentar nuestra vida (cf. Sal 18,2-3).

10 De hecho, esta conexión es lo que, para Domingo Muñoz, condensa la esencia del cristianismo según este escrito joánico. Cf. MUÑOZ, D., *Cartas de Juan*, 71-72.

11 Como suele ser frecuente, el verbo hebreo recoge un amplio abanico de sentidos que van desde ser sostenidos o sustentados hasta ser firme, resistente, veraz o de fiar. Sobre es término hebreo y su traducción griega, BULTMANN, R. y WEISER, A., “πιστεύω κτλ.”, en KITTEL, G. y GRIEDRICH, G. (dirs.), *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, vol. X, Paideia, Brescia 1975, 337-487 (esp. 471-488); WILDBERGER, H., «יָמַן 'mn, Firme, seguro», en JENNI, E. y WESTERMANN, C. (eds.), *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, vol. I, Ediciones Cristiandad, Madrid 1978, 276-319; JEPSEN, A., “āman, 'ēmûnâ, 'āmēn, 'ēmet”, en BOTTERWECK, G. J. y RINGGREN, H. (dirs.), *Grande Lessico dell' Antico Testamento*, vol. I, Paideia, Brescia 1988, 625-696; ALONSO SCHÖKEL, L., *Diccionario bíblico hebreo-español*, Trotta, Madrid 2008, 72-73.

Desde esta mentalidad bíblica, creer en 1Jn no es una cuestión meramente intelectual, pues supone la certeza creyente de que Dios es digno de confianza. Como veremos a continuación, el papel protagonista que ostenta el amor en este escrito incapacita al cristiano para entender la fe como una cuestión únicamente intelectual, sin que por ello se prescinda de su contenido.

2.1. Un don de Dios que es Dios mismo

En 1963 un gran teólogo, Hans Urs Von Balthasar, publicó un pequeño libro que, en opinión de muchos estudiosos, resultó ser una síntesis de toda su teología. En el título de esta obra, “Solo el amor es digno de fe”, resuena una de las afirmaciones más rotundas y conocidas del escrito neotestamentario que nos ocupa: “Dios es amor” (1Jn 4,8b). Esta lacónica frase actualiza, en realidad, la autodefinición de YHWH en el Antiguo Testamento, que aparece por primera vez en el libro del Éxodo:

“YHWH pasó por delante de él y exclamó: «YHWH, YHWH, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la culpa de los padres en los hijos y en los nietos hasta la tercera y cuarta generación»” (Ex 34,6-7).

Esta descripción divina, que se repite en diversos pasajes a lo largo de la Escritura ¹², concentra en pocas líneas un variado vocabulario hebreo en torno al amor ¹³. Cada uno de los términos empleados tiene sus matices y acentos propios, pero todos confluyen en el afecto, que resulta ser la característica principal de YHWH. 1Jn será el encargado de sintetizar esta percepción de Dios en el Nuevo Testamento. El despliegue de términos hebreos queda condensado en tres palabras:

¹² Solo a modo de ejemplo, aparece también en: Sal 86,15; 103,8; Jon 4,2; Jl 2,13.

¹³ Laney hace un útil recorrido por los términos empleados en este pasaje en, LANEY, J. C., «God's Self-Revelation in Exodus 34:6-8», *Bibliotheca Sacra* 158 (2001) 42-51.

“Dios es amor” (1Jn 4,8b). Así, los matices del pasaje veterotestamentario se pierden en favor de subrayar la esencia que define al Padre, llegando así a su máxima y más clara expresión.

Al identificar a Dios con el amor, este deja de ser una virtud para convertirse también en objeto de nuestra fe. Aquel que se hace digno de confianza y en Quien se puede sustentar la existencia, porque es firme y fiel, queda definido como ἀγάπη. La invitación creyente es, por tanto, a creer en el amor que es Dios mismo.

Es probable que haya pocas realidades tan maltratadas como el amor, pues podemos emplear la misma palabra para referirnos a cuestiones muy distintas. La pluralidad de términos griegos que hemos constatado confirma la necesidad de matizar cómo es ese amor que, según 1Jn, define a Dios. Hay dos versículos en los que se retrata de modo diáfano:

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados [...] Nosotros amemos, porque él nos amó primero” (1Jn 4,10.19).

La característica más evidente de la esencia divina es tomar la iniciativa y salir al encuentro de la humanidad. Dar el primer paso implica gratuidad, pues no se trata de una acción que responda a un comportamiento previo. Dios ama sin condiciones ni méritos que conviertan en “razonable” su iniciativa. Este adelantarse divino es el motor que impulsa la dinámica amorosa que se describe a lo largo del libro bíblico.

Aunque el interés del autor de 1Jn no esté en realizar disertaciones teológicas, no solo define a Dios como amor. También afirma que “Dios es Luz, en él no hay tiniebla alguna” (1Jn 1,5b). De este modo, vincula de forma estrecha el amor y la luz, pues ambas describen la identidad divina y, como veremos más adelante, las dos están interrelacionadas y tienen consecuencias prácticas para los cristianos. Casi como un efecto de ser amor y luz, se deriva también que “él es justo” (1Jn 3,7b), otro rasgo divino que ha de afectar al comportamiento de los creyentes.

La incondicionalidad y gratuidad de Dios, amor y luz, que sale de sí y nos ama a través del Hijo, es un regalo inmerecido que solo podemos acoger y agradecer. Se nos entrega en Quien nos da a conocer ese amor primordial y en su Espíritu, que actúa en la comunidad creyente.

“Y en cuanto a vosotros, la unción que de Él habéis recibido (τὸ χρίσμα ὃ ἐλάβετε ἀπ’ αὐτοῦ) permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero como su unción (τὸ αὐτοῦ χρίσμα) os enseña acerca de todas las cosas –y es verdadera y no mentirosa– según os enseñó, permaneced en él” (1Jn 2,27).

Los estudiosos plantean diversas hipótesis a la hora de interpretar la “unción” de la que habla este texto. Algunos consideran que se trata de un giro semita para remitir al Espíritu Santo, otros proponen que el autor está exhortando a la fidelidad a los sacramentos iniciáticos, mientras hay quienes plantean que se está hablando del don de la fe¹⁴. Sea como fuere, el versículo remite a una presencia divina capaz de aleccionar desde dentro a los cristianos, de modo que no se dejen engañar por quienes predicán una doctrina diversa a la transmitida desde el principio (cf. 1Jn 2,24-28).

El amor, por tanto, constituye la esencia de un Dios Trinidad y se nos da como don en el Hijo y en esa unción-Espíritu que, como Maestro interior, adoctrina a los cristianos (cf. Jn 14,26). Como si del “motor inmóvil” de Aristóteles se tratara, toma la iniciativa amando gratuitamente a la humanidad e iniciando una dinámica transformadora en quienes han conocido el amor. Pero, antes de entrar en esta respuesta generada en el ser humano, vamos a fijarnos ahora en cómo llegamos a conocer ese amor que es Dios mismo.

2.2. “Conocer” por Jesucristo

Ya hemos comentado que existe una estrecha relación entre 1Jn y el cuarto evangelio, tanto en su teología como en su vocabulario. En-

14 Sobre este versículo, BARCLAY, W., *The Letters of John and Jude. Revised Edition*, Westminster Press, Philadelphia 1976, 69-71; MARSHALL, I. H., *The Epistles*, 162-164; BROWN, R. E., *The Epistles*, 374-376; MUÑOZ, D., *Cartas de Juan*, 136-137.

tre los términos que ambos escritos repiten con insistencia y que tienen profundas resonancias teológicas está el verbo *conocer* (γινώσκω)¹⁵. El trasfondo veterotestamentario que tiene este término nos permite comprenderlo, no como un conocimiento intelectual sino experiencial. Se trata de un saber que brota de la relación y tiene un fuerte componente afectivo¹⁶. Nadie que no haya experimentado el amor puede captar lo que significa a través de reflexiones o discursos sobre él. Del mismo modo, el acceso a esta identidad profunda de Dios nos alcanza solo a través de este *conocer* vivencial que nos afecta de modo entrañable.

“Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él” (1Jn 4,7-9).

Amar es haber saboreado Quién es Dios, de ahí que el conocimiento desde esta clave afectiva sea la condición de posibilidad de la fe y la raíz de la ética cristiana. Jesucristo es la mediación primordial para este necesario conocimiento. Su encarnación, su vida, su muerte y resurrección nos han revelado que la esencia divina es amor.

“En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros” (1Jn 3,16a).

15 Este verbo aparece en veinticinco ocasiones a lo largo de 1Jn, y cincuenta y siete en el cuarto evangelio. Sobre este verbo, BULTMANN, R., “γινώσκω κτλ.”, en KITTEL, G. y GRIEDRICH, G. (dirs.), *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, vol. II, Paideia, Brescia 1966, 461-542. Sobre este verbo en el vocabulario joánico, MATEOS, J. y BARRETO, J., *Vocabulario Teológico del evangelio de Juan*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1980, 43-46; LIEU, J. M., *La teología*, 48-50; FERNÁNDEZ RAMOS, F., “Conocer”, en FERNÁNDEZ RAMOS, F. (dir.), *Diccionario del mundo joánico. Evangelio-Cartas-Apocalipsis*, Monte Carmelo, Burgos 2004, 144-145; MUÑOZ, D., *Cartas de Juan*, 114-116.

16 Estas características hacen que el Antiguo Testamento lo utilice con frecuencia como eufemismo para hablar de las relaciones sexuales. A modo de ejemplo, se emplea este verbo al referirse a la concepción y nacimiento de Caín (cf. Gn 4,1).

La intimidad y la unión que implica este conocimiento se expresa también en términos de visión ¹⁷. Haber visto y ser testigos de Jesucristo es lo que nos hace captar que Dios es amor digno de confianza.

“Y nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a su Hijo, como Salvador del mundo. Quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él” (1Jn 4,14-16a).

La profunda conexión entre la visión y el conocimiento apunta hacia uno de los núcleos de este escrito neotestamentario, que es la cuestión cristológica. Jesucristo revela al Padre, pero lo ha hecho en la historia, de ahí la importancia que adquiere el inicio de la carta y su insistencia en la experiencia sensible de los primeros testigos.

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida –pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó– lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo” (1Jn 1,1-3).

La insistencia en los sentidos, como vía de acceso a cuanto se predica y fuente del testimonio, es un modo de darle centralidad a la encarnación de la Palabra en la historia, como hará también en versículos como este:

“Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios” (1Jn 4,2).

17 En la literatura joánica los verbos de visión suelen emplearse de forma simbólica, remitiendo a ese conocimiento experiencial que lleva a la fe. Sirva solo de ejemplo la afirmación del evangelista cuando el discípulo amado entra en el sepulcro vacío: “vio y creyó” (Jn 20,8b). Sobre la visión en los escritos joánicos, MATEOS, J. y BARRETO, J., *Vocabulario Teológico*, 303-308; FERNÁNDEZ RAMOS, F., «Ver y oír», en FERNÁNDEZ RAMOS, F. (dir.), *Diccionario*, 993-994.

La revelación del Padre en el Hijo a través de su encarnación es nuestra vía de conocimiento experiencial y afectivo del Dios amor. De este modo, creer en Jesucristo es también creer en el amor que revela y que nos es conocido por Él. Tras la resurrección, los destinatarios de este escrito, que no vieron, ni oyeron ni tocaron a Jesucristo ¹⁸, han de volver al testimonio de quienes sí lo hicieron y que está en el origen de la comunidad. Este retorno a la fe primordial será el revulsivo contra las distorsiones que amenazan la vida creyente de sus miembros, negando la encarnación (cf. 1Jn 2,22; 4,3).

Recogiendo lo dicho hasta ahora, Jesucristo nos ha dado a conocer que el Dios en Quien creemos es amor incondicional y gratuito. Esta experiencia nos llega en la historia a través de la encarnación. El amor, no solo define la esencia divina, sino que expresa su gratuidad e incondicional en la iniciativa de acercarse. Se trata de un don que nos alcanza en Cristo y en su Espíritu, que sigue actuante en los creyentes. La invitación a creer en el amor, que es Dios, y al amor que se nos ha manifestado en Jesucristo no es una mera cuestión intelectual, pues afecta a los cristianos hasta reflejarse en su modo de manejarse por la existencia. De esta última cuestión nos ocuparemos a continuación.

III. RESPONDER AL AMOR CON AMOR

La propia esencia del don es su gratuidad. Este se recibe como regalo y no responde a los méritos de aquellos a quienes se ofrece, pero su acogida implica siempre una respuesta agradecida que compromete la totalidad de la persona. El don se convierte siempre en una tarea ineludible que se verifica en lo cotidiano.

En este apartado vamos a prestar atención a lo que, según 1Jn, genera la experiencia del amor divino en los creyentes. Al Amor se responde con amor, y creer en un Dios que es justo, luz y ἀγάπη genera una forma concreta de situarse ante la realidad. Abandonar las tinieblas, actuar con justicia y amar a los demás son las consecuencias ne-

¹⁸ Parece sugerirlo el modo en que se emplea la primera y la segunda persona del plural en los cuatro versículos que inician la carta.

cesarias de haber *conocido* al Padre a través del Hijo. Con todo, la condición *sine qua non* para que se mantenga esta dinámica es *permanecer* en Dios, a pesar de las dificultades y riesgos que amenazan la unión con Él. Este es el recorrido que traza el apartado, pues comenzaremos por qué supone *permanecer* para este escrito, cuáles son sus amenazas y, finalmente, qué implicaciones prácticas tiene.

3.1 “Permanecer” como respuesta amorosa

Como hemos comprobado, el vocabulario joánico tiene fuertes resonancias teológicas que desbordan el significado literal de los términos. Es lo que sucede con el verbo *permanecer* (μένω)¹⁹, que se emplea en esta carta en veinticuatro ocasiones. El sentido que la literatura joánica imprime a este vocablo se aleja del uso sinóptico, donde adquiere cierto matiz de *soportar o perseverar* (cf. Mt 11,23; Mc 14,34). En cambio, en 1Jn se pretende expresar la relación íntima y personal que mantiene el cristiano con la Trinidad y esta con él.

“En cuanto a vosotros, lo que oísteis desde el principio permanezca en vosotros. Si permanece en vosotros lo que oísteis desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre” (1Jn 2,24).

La respuesta de quienes han acogido el anuncio (cf. 1Jn 1,1-4) no puede ser otra que *permanecer*. Esto implica mantenerse en comunión íntima con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esta última Persona adquiere un papel relevante en el vínculo al que nos referimos. Al rastrear el uso de este verbo en 1Jn nos percatamos de que conserva un sentido pasivo y activo a la vez. Por una parte, el creyente es sujeto pasivo de una pertenencia que se genera en él a través del don recibido. Por otra parte, el cristiano se ve impelido a actuar en una doble dirección. Debe cuidar ese regalo divino que ha acogido y que actúa en su vida, pero también tiene que evidenciar los frutos que surgen

19 En el cuarto evangelio se emplea este verbo cuarenta veces, de modo que el 55% del uso neotestamentario de μένω se realiza en escritos joánicos. Sobre el uso bíblico y joánico de este vocablo griego, HAUCK, F., «μένω κτλ.», en KITTEL, G. y GRIEDRICH, G. (dirs.), *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, vol. VII, Paideia, Brescia 1971, 25-66; BROWN, R. E., *The Epistles*, 259-261; LIEU, J. M., *La teología*, 58-67.

de esa relación de pertenencia. Este paradójico juego de pasividad y actividad subraya el carácter recíproco de la relación entre Dios y el cristiano.

Pero ¿cuál es ese “agente transformador” que cada cristiano ha albergado y tiene la responsabilidad de proteger para *permanecer*? Como si se tratara de las dos caras de una misma moneda, este don activo tiene, según el escrito joánico, dos aspectos: el núcleo de la predicación recibida y el Espíritu Santo.

Por un lado, 1Jn insiste en *permanecer* en la Palabra de Dios (1Jn 2,4) y en aquello que han escuchado desde el comienzo (1Jn 2,24). Se sugiere así que el vínculo con la Trinidad se genera y se mantiene en la medida en que se conserva la tradición recibida, especialmente en lo referente a la fe en Jesucristo. Desde esta clave, la relación recíproca entre Dios y el cristiano, que se expresa con μένω, es creadora de lazos fraternos, pues los disidentes que niegan que Jesús sea el Cristo tampoco *permanecen* con la comunidad (1Jn 2,19). La comunión Trinidad-cristiano se abre a los demás y construye fraternidad.

Por otro lado, se emplean diversos giros que remiten al Espíritu para exhortar a *permanecer* en él. Se habla de “unción” (1Jn 2,27-28), de “semilla” de Dios (1Jn 3,9) y directamente del Espíritu Santo (1Jn 3,24). De hecho, el don del Espíritu es quien verifica este vínculo recíproco entre Dios y los creyentes:

“En esto reconocemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu” (1Jn 4,13).

Así, el Espíritu se convierte en motor generador de comunión y, a la vez, en la prueba de esta. Actuar en sintonía con Él confirma la sinceridad del *permanecer* en Dios, pero ¿en qué se concreta? La carta nos va ofreciendo pistas para comprobarlo. Quienes se mantienen en esta relación viven como lo hizo Jesucristo (1Jn 2,6), no tropiezan (1Jn 2,10) ni pecan (1Jn 3,6), confiesan que Jesús es Hijo de Dios (1Jn 4,15) y, lo que más nos interesa en este artículo, aman. Aunque está implícita en lo anterior, esta última actitud vital se expresa de diversos modos. Se dirá que cumplen la voluntad de Dios (1Jn 2,17), que guardan los man-

damientos (1Jn 3,24), que tienen compasión con el prójimo (1Jn 3,17) y, sobre todo, que aman a los demás (1Jn 2,10; 3,14-15).

Este despliegue de actitudes que constatan el *permanecer* cristiano queda resumido en este versículo:

“Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1Jn 4,16).

La fe responde al hecho de experimentar afectivamente no solo que la esencia divina es amor, sino también su manifestación histórica y concreta en Jesucristo. Mantener una estrecha relación recíproca con Dios implica necesariamente mantenerse y situarse vitalmente desde el amor. *Permanecer*, por tanto, no es una respuesta puntual sino una actitud existencial que se expresa en claves de afecto, tanto entre la Trinidad y el creyente como entre este último y los demás.

A modo de resumen, *permanecer*, en esa doble dimensión activa y pasiva, es la réplica creyente a la iniciativa de un Dios que es amor y que hemos conocido por Jesucristo. Este vínculo recíproco no es puntual aunque, como toda relación, resulte dinámico. Además, no supone intimismo cerrado, pues nos abre a la comunidad y se verifica en cómo nos comportarnos con los demás. Con todo, esta respuesta amorosa del cristiano está expuesta a riesgos.

3.2 Un amor expuesto a peligros

No descubrimos ningún secreto al afirmar que la vida cristiana se encuentra amenazada por diversos peligros. En esta carta se apuntan a algunos de ellos que complican la respuesta al Dios que es amor. Con la pretensión de ganar en claridad, vamos a presentar estos riesgos avanzando desde los más concretos y cercanos al creyente hasta los más amplios y genéricos. Estos últimos, de algún modo, engloban los anteriores.

Hay pocas realidades tan paralizantes como el miedo. Este bloquea y hace muy difícil avanzar. 1Jn se enfrenta a la raíz del temor, afirmando lo siguiente:

“No hay temor en el amor; sino que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor mira el castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud del amor” (1Jn 4,18).

Este versículo no se refiere al respeto reverencial que, a lo largo de la Escritura, se denomina *temor de Dios*²⁰. Se trata, más bien, del miedo al juicio (cf. 1Jn 4,17) que albergan quienes no han captado la esencia amorosa del Padre. Haber *conocido* el amor divino, en su cantidad y calidad, no es compatible con asustarse ante el encuentro con Él. Al revés, verle será un motivo de profunda alegría, porque seremos semejantes a Aquel del que somos hijos (cf. 1Jn 3,2).

Otro peligro al que está expuesto el cristiano es el pecado. En el lenguaje joánico este no se limita a las acciones concretas, pues se trata de una opción más profunda que frustra el sueño divino para el ser humano²¹. Para 1Jn afirmar que no tenemos pecado nos hace mentirosos, pues no es así (1Jn 1,8-10). Aunque se exhorta con vehemencia a no pecar, en caso de hacerlo, Jesucristo es el abogado defensor que se entregó por los pecados de toda la humanidad (1Jn 2,1-2). Conocer al Hijo y permanecer en Él conlleva cierta actitud ante esta cuestión:

“Y sabéis que él se manifestó para quitar los pecados y en él no hay pecado. Todo el que permanece en él, no peca. Todo el que peca, ni le ha visto ni conocido [...] Quien comete el pecado es del Diablo, pues el Diablo peca desde el principio. El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del Diablo. Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado porque su germen permanece en él; y no puede pecar porque ha nacido de Dios” (1Jn 3,5-6.8-9).

Como hemos visto antes, pecar es reflejo de no permanecer en el Señor. Quien peca, además de no haber hecho experiencia del amor por no ver a Jesucristo ni conocerle, también demuestra que no ha nacido de Dios. La “semilla” divina, que nos hace hijos y mantiene

20 Esta es una temática habitual especialmente en la literatura sapiencial. El Sirácida presenta un paralelismo entre los que temen y los que aman en Éclo 2,15-17 que se estudia con hondura en, CALDUCH-BENAGES, N., *En el crisol de la prueba. Estudio exegético de Sir 2,1-18*, Verbo Divino, Estella 1997, 192-208.

21 Sobre esta cuestión, MATEOS, J. y BARRETO, J. *Vocabulario Teológico*, 246-251.

al cristiano vinculado amorosamente con el Padre y el Hijo, no nos permite actuar en su contra, porque pecar y amar son realidades contradictorias.

Una concreción grupal del pecado, que desmiente en la práctica haber conocido la manifestación del Padre en el Hijo, son los disidentes que han surgido en la comunidad a la que se dirige este escrito. El autor los llama “anticristos”, porque niegan tanto al Padre y al Hijo como que Jesús sea el Cristo (1Jn 2,18-23). Ellos engrosan el número de falsos profetas que han poblado la historia de salvación, negando la encarnación del Hijo (1Jn 4,1-3). Por más que sus doctrinas intenten desviar a los creyentes, el autor de 1Jn apela al anuncio primero y a la unción recibida. Esta última enseña la verdad, desenmascara la mentira y permite a los cristianos permanecer en Dios (1Jn 2,24-28).

Frente a quienes no aceptan al Hijo encarnado, están los miembros de la comunidad que sí han conocido a Dios. Ellos han vencido a los falsos profetas, discerniendo entre el espíritu del error y el de la verdad.

“Vosotros, hijos míos, sois de Dios y los habéis vencido. Pues el que está en vosotros es más que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo y el mundo los escucha. Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios nos escucha, el que no es de Dios no nos escucha. En esto reconocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error” (1Jn 4,4-6).

La pertenencia a Dios o al mundo depende de a quién se preste oído. El mundo acoge las palabras de quienes defienden errores doctrinales, porque emplean sus mismos parámetros. Hablar del *mundo* (κόσμος) es habitual en el lenguaje joánico como metáfora de un orden social y religioso en abierta oposición a Dios y a su proyecto²². Se trata, por tanto, de la representación simbólica del enemigo divino, que no reconoce a los cristianos y los odia (1Jn 3,1.13). El riesgo del

22 No es este el único sentido en el que se habla de *mundo* en el cuarto evangelio, pero sí el más frecuente en esta carta. Con todo, también aparece el término como universo (cf. 1Jn 3,17; 4,1) y como conjunto de humanidad (cf. 1Jn 2,2; 4,14). Sobre los otros significados joánicos en los que se emplea este término, MATEOS, J. y BARRETO, J., *Vocabulario Teológico*, 211-215.

creyente es que su vinculación afectiva sea con esta realidad opuesta al Padre.

“No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo –la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas– no viene del Padre sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre” (1Jn 2,15-17).

El amor al Padre y al mundo son dos realidades incompatibles, pues ambas exigen exclusividad y tienen carácter totalizante. Esta incapacidad para compartir el afecto dirigido a Dios está arraigada en las entrañas de la tradición bíblica y de su monoteísmo. Tras esta contraposición de amores contradictorios, en este pasaje se afirma el origen mundano de las concupiscencias²³, así como su caducidad frente a la estabilidad del querer divino.

En este enfrentamiento entre Dios el mundo, lo que decanta la balanza hacia un ganador es el amor del creyente. Con todo, la batalla está ganada en Jesucristo, como ya se planteaba en el cuarto evangelio (Jn 16,28.33). Una vez más, amor y fe se entrelazan implicándose una a la otra, por más que ambas no se mencionen de modo explícito. Así, podemos intuirlo en este texto:

“Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe. Pues, ¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1Jn 5,4-5).

Según 1Jn, el miedo, quienes niegan la encarnación del Hijo y rendirse ante el mundo y el pecado que genera este son los tropiezos más peligrosos para el creyente. En estos riesgos la cuestión de la fe y el amor se entremezclan. Conocer la revelación del Padre en Jesucristo y conservar el Espíritu nos permiten mantenernos en una estrecha

23 La historia de cómo se han interpretado la concupiscencia de la carne, de los ojos y la jactancia de las riquezas es larga y compleja. Para una visión panorámica de esta cuestión en la que no entramos, BROWN, R. E., *The Epistles*, 307-315.

relación afectiva con Dios que resulta vital para el cristiano. Haber *conocido* el amor y *permanecer* en él, superando estos peligros que nos amenazan, se comprueba en la relación con los demás. Cumplir el mandamiento del amor es la “prueba del nueve” que verifica la fe.

3.3 Un amor que se verifica en el hermano

Ya hemos planteado que el hecho de *permanecer* se comprueba en el comportamiento del creyente, especialmente en actitudes que expresan diversos rasgos del amor, como no pecar, tener compasión o cumplir los mandamientos²⁴. En 1Jn se emplea en catorce ocasiones la palabra *mandamiento* (ἐντολή)²⁵. La repetición del término muestra la relevancia que tiene a lo largo del escrito. Por más que esta insistencia nos pueda dar cierta sensación de legalismo, la misma carta nos revela cuál es ese mandato:

“Nosotros amamos porque él nos amó primero. Si alguno dice «Yo amo a Dios», y odia a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y nosotros hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios ame también a su hermano” (1Jn 4,19-21).

Nuestro amor tiene su fuente en Otro que se ha conocido primero. Experimentar el amor divino, gratuito e incondicional, provoca una respuesta amorosa hacia el Invisible, pero esta resulta estar mediada por el amor al hermano concreto, a quien se ve. La concreción del amor en los cercanos ha de entenderse desde las mismas claves de incondicionalidad y gratuidad que caracterizan al divino. Estos

24 No está claro el significado teológico del uso en plural de *mandamientos* en 1Jn 2,3-4; 3,22.24; 5,2-3. Parece que podría emplearse *mandamientos* como un término intercambiable con *palabras*, en coherencia con llamar al decálogo las “diez palabras”. Desde esta clave, el uso plural del vocablo ἐντολή se acercaría al sentido con el que el cuarto evangelio habla de “conservar las palabras” de Jesús (cf. Jn 14,21-24). Sobre esta cuestión, BROWN, R. E., *The Epistles*, 250-252.

25 Para este tema, MATEOS, J. y BARRETO, J., *Vocabulario Teológico*, 188-193; CONTRERAS MOLINA, F., «El que ama ha pasado de la muerte a la vida (1 Jn 3,14)», en RODRÍGUEZ CARMONA, A. (ed.), “*Como yo os he amado*” (Jn 13,34). *Miscelánea sobre los escritos joánicos. Homenaje a Francisco Contreras Molina CMF*, Verbo Divino, Estella 2011, 291-305.

versículos, además, nos dan la pista fundamental para conectar las referencias al *mandamiento* en 1Jn con aquel que ocupa el núcleo del llamado “discurso de despedida” del cuarto evangelio ²⁶.

“Os doy un mandamiento nuevo (ἐντολὴν καινὴν): que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros” (Jn 13,34).

Más que un yugo o un peso, Juan presenta el mandamiento del amor como un don que se ofrece a todos a través de Jesús y cuya fuente es el Padre (cf. Jn 15,9). En los sinópticos se presenta al Maestro planteando el amor a Dios y a los demás como el culmen de los mandamientos judíos (Mt 22,37-40; Mc 12,29-31; Lc 10,26-28). El cuarto evangelio, por su parte, da una vuelta de tuerca a esta afirmación, poniendo en Jesús la medida del amor mutuo ²⁷, pues “amó hasta el extremo” (Jn 13,1). El autor de 1Jn parece remitir a esta tradición joánica cuando afirma lo siguiente:

“Quien dice que permanece en él, debe vivir como vivió él. Queridos no os escribo un mandamiento nuevo (ἐντολὴν καινὴν), sino el mandamiento antiguo, que tenéis desde el principio. Este mandamiento antiguo es la palabra que habéis escuchado. Y sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo (ἐντολὴν καινὴν) –que es verdadero en él y en vosotros– pues las tinieblas pasan y la luz verdadera brilla ya. Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza” (1Jn 2,6-10).

Una vez más, el don se convierte en responsabilidad que dinamiza todas las energías del cristiano. El “como yo os he amado” del evangelio (cf. Jn 13,34) se traduce en 1Jn en la exigencia de “vivir como vivió él” (1Jn 2,6). Un modo de manejarse en la existencia seme-

²⁶ Sobre este mandamiento en Juan, BROWN, R. E., *The Gospel according to John XIII-XXI* (AB 29a), Doubleday, New York 1970, 612-614.

²⁷ También tiene un punto de novedad en la concreción del amor mutuo, pues la formulación no parece remitir de modo espontáneo a la exigencia de amor al prójimo de Lv 19,18, hacia el que apuntan los sinópticos y que resulta más amplio e impreciso que amarse “unos a otros”.

jante al de Jesucristo es la prueba más fehaciente de *permanecer* en esa relación de intimidad a la que estamos llamados. La mención al “mandamiento nuevo” (ἐντολὴν καινὴν) remite con claridad a la exigencia de amar al modo de Jesús propuesto en Juan, donde también se emplea esta misma expresión ²⁸.

Resulta llamativa la aparente contradicción con la que se afirma y se niega a la vez el carácter novedoso del mandamiento. Este, como el autor recuerda, está preñado de novedad, al invitarnos a amar al modo de Jesús, pero es antiguo, porque forma parte de la tradición originaria que la comunidad ha recibido desde el comienzo de su andadura. Amar al hermano y estar en las tinieblas son dos cuestiones incompatibles, pues, si se ha afirmado de Dios que es justo, luz y amor (cf. 1Jn 1,5; 2,29; 4,8), quienes se relacionan con Él han de desenvolverse con los demás desde estas tres claves. De esta triada, es el amor lo primordial, pues caminar en la luz y obrar la justicia son sus expresiones prácticas, como ilustra este pasaje ²⁹:

“Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos” (1Jn 2,9-11) ³⁰.

Aunque no se explicita en 1Jn, el escrito también presenta a Dios como vida. De modo inverso a como sucede con ser luz, justicia y amor, en este caso no se explicita como definición divina, sino en re-

28 Para Domingo Muñoz, se podría afirmar que 1Jn en su conjunto es un comentario a este “mandamiento nuevo”, pues en la estructura que él defiende ocupa la parte central de las tres secciones propuestas. MUÑOZ, D., *Cartas de Juan*, 46.120.

29 Román habla del discernimiento cristiano en 1Jn al hilo de estas referencias a la luz en, ROMÁN MARTÍNEZ, C., «“Caminar en la luz”. Criterio de discernimiento en la 1ª carta de Juan», en RODRÍGUEZ CARMONA, A. (ed.), *“Como yo os he amado” (Jn 13,34). Miscelánea sobre los escritos joánicos. Homenaje a Francisco Contreras Molina CMF*, Verbo Divino, Estella 2011, 267-289.

30 Aunque este pasaje parece relacionar solo la luz con el amor, no resulta anodino que de la afirmación de “que todo el que obra la justicia a nacido de él” (1Jn 2,29) se pase directamente a la confesión del amor de Dios que nos hace hijos suyos (cf. 1Jn 3,1). Actuar de modo justo es una forma concreta de amar.

lación con los demás. El autor emplea para ello el imaginario bíblico de Caín y Abel:

“Pues este es el mensaje que oísteis desde el principio: que nos amemos unos a otros. No como Caín, que, al ser del Maligno, mató a su hermano [...] Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte. Todo el que odia a su hermano es un asesino y sabéis que ningún asesino posee vida eterna en sí mismo” (1Jn 3,11-12a.14-15).

Como se observa en estos versículos, de modo indirecto se está identificando a Dios con Quien da vida, y vida eterna. Amar es permanecer en Él, mientras odiar es asesinar al hermano. El paso de la muerte a la vida no puede ser fruto del esfuerzo personal, sino de la acción divina en nuestra existencia. No buscar el bien otro, que es lo que implica amar, no solo es una forma de matarle, sino también constata que seguimos en la muerte, por mucho que tengamos apariencia de vivos.

No hay nada más efectivo que aquello que moviliza nuestros afectos, de ahí la inseparable relación entre el amor y la fe. Esta última, que brota de un conocimiento experiencial y mantiene una relación íntima con la Trinidad, se expresa en las distintas manifestaciones del amor hacia los demás. Cuestionar que Jesús sea el Cristo golpea la línea de flotación del comportamiento cristiano, pues, por una parte, supondría negar que la entrega de Jesucristo nos revele la esencia amorosa de Dios. Por otra parte, implica renunciar a que el amor hasta el extremo del Hijo sea nuestro criterio ético en la relación con quienes nos rodean. Negar la encarnación supone también renunciar a encarnar ese amor, y la vida creyente no es sino amar como él nos amó (cf. 1Jn 4,11).

El amor a los demás comprueba la veracidad de nuestra experiencia creyente, pues solo quienes han experimentado la luz, la justicia, el amor y la vida, que es Dios, pueden situarse ante otros lejos de las tinieblas, actuando con justicia, amando y dando vida.

IV. EL AMOR: UNA “DINÁMICA DE FLUIDOS”

Una de las asignaturas más correosa en los grados universitarios de ciencias suele ser la “dinámica de fluidos”³¹. Se denomina así a una parte de la física que estudia tanto el movimiento de los líquidos y gases como las fuerzas que lo provocan. Espero que ningún físico se lleve las manos a la cabeza al afirmar que el nombre de esta disciplina resulta muy apropiado para recoger cómo *IJn* trata la cuestión del amor. Este escrito aborda una realidad, la del amor, que es fluida y poco rígida, que se caracteriza por el movimiento. A pesar de la sensación que podría generar este dinamismo, existen una serie de “fuerzas” a estudiar para preveer su comportamiento. A lo largo de este apartado vamos a emplear esta imagen, por muy limitada que sea, para recoger lo planteado y esbozar, a modo de conclusión, cómo este libro neotestamentario comprende el amor.

4.1. El amor como “fluido” en movimiento

La física denomina “fluidos” a aquellas realidades cuyas partículas tienen una fuerza de atracción leve entre sí que les permite no ser rígidas y adaptar su forma al contexto, como los líquidos y los gases. Más que la débil unión de sus partículas, de esta imagen nos interesa rescatar el movimiento que posibilita y la fluidez que caracteriza a estos elementos, pues para *IJn* el amor fluye de modo constante en un “circuito” que está en estrecha interrelación. Desde Dios, que es el mismo *ἀγάπη* y la fuente de toda expresión de amor, nos llega a nosotros por Jesucristo. Por definición, no puede quedarse de modo estático en el creyente, sino que ha de seguir transmitiéndose y circulando a través de los demás y volviendo también a Aquel que es su origen.

El amor discurre a través de un circuito formado por la Trinidad, los creyentes y los demás. Estas constantes idas y venidas sirven también para expresar el juego de *IJn* entre la actividad del cristiano y su recepción pasiva, entre el recibir y el entregar, entre el don inmerecido y la tarea responsable. No es un movimiento de única dirección

31 La imagen nos surgió a partir de un capítulo de la tesis de López Barrio titulado: “dinámica del amor”, LÓPEZ BARRIO, M., *El tema del agape*, 167-222.

que vaya desde Dios, que nos ama, hasta los demás, que han de ser amados. Se trata, más bien, de una corriente de doble sentido, pues dejar que el amor recibido fluya hacia los hermanos es también responder amorosamente a Quien está en el origen de ese amor.

El amor genera relaciones. Estas son de filiación con Dios y de fraternidad con los demás, pero se trata de vínculos en constante movimiento y no logros ya alcanzados. Al revés, percibirlos de modo estático implica minarlos por dentro.

“Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es” (1Jn 3,1-2).

La condición de hijos de Dios brota de su iniciativa amorosa, pero la filiación es percibida como un proceso de asemejarse al Padre. Este apenas se ha iniciado y culminará en el encuentro definitivo con Él. Si Dios es amor, ser semejantes a Él pasa por aprender a conjugar el verbo amar en todos sus tiempos, modos y personas. En esto parece consistir aquello que “aún no se ha manifestado”, pero que estamos llamados a ser.

Del mismo modo que la filiación no es una realidad estática, tampoco lo es la fraternidad. El verbo *τελειόω* tiene el sentido de acabar, completar o perfeccionar. Se emplea cuatro veces en la carta y siempre referido al amor que ha de llegar “a plenitud”³². Sirva este versículo como ejemplo:

“A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud (ἡ ἀγάπη αὐτοῦ ἐν ἡμῖν τετελειωμένη ἐστίν)” (1Jn 4,12).

32 Para ahondar en el sentido bíblico del verbo, DELLING, G., “*τελειόω*”, en KITTEL, G. y GRIEDRICH, G. (dirs.), *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, vol. XIII, Paideia, Brescia 1981, 1036-1049; HÜBNER, H., “*τελειόω*”, en BALZ, H. y SCHNEIDER, G. (eds.), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento* (BEB 91), vol. II, Sígueme, Salamanca 1998, 1712-1716.

Como expresa el texto, hay una estrecha relación entre amar a los demás y llevar a culminación el amor de Dios en nosotros. En la medida en que amamos a los demás, se “completa” y llega a perfección ese amor que fluye. El uso del verbo τελειόω alude a un progreso cuya culminación tiene que ver con el amor fraterno. Movimiento y progreso que se expresa también con la imagen del “caminar” (cf. 1Jn 1,6-7).

El amor es, por tanto, una realidad que fluye pero ¿qué fuerzas afectan a su movimiento? Para 1Jn es la dinámica de la encarnación la que lo impulsa.

4.2. La dinámica del amor: Encarnación

A lo largo de estas páginas ya hemos insistido en la importancia que tiene para este escrito neotestamentario la encarnación del Hijo. Que Jesús sea el Cristo y que haya venido “en carne” no es una mera afirmación dogmática, sino que tiene repercusiones muy concretas en el modo de relacionarnos con los demás, pues así conocemos que Dios es amor. La historicidad del acontecimiento Jesucristo se encuentra a la raíz de la comunidad a la que se dirige 1Jn. La concentración de verbos sensoriales para remitir a cuanto se les ha transmitido desde el comienzo confirma la importancia de la dinámica encarnatoria (cf. 1Jn 1,1-3).

Pero esta dinámica del amor no se agota en el Verbo encarnado. Todo amor, también el nuestro, tiende a hacerse carne, cercano y palpable, para los demás. El interés del autor por concretar el amor recibido en las relaciones con quienes vemos responde a esta fuerza que impulsa a aterrizar el afecto en lo cotidiano. Del mismo modo que se ha palpado a Jesucristo (cf. 1Jn 1,1), el amor a otros también se ha de hacer tangible:

“Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad” (1Jn 3,18).

Afirma la sabiduría popular que “obras son amores y no buenas razones”. La fuerza que anima a ese amor, que fluye entre Dios, nosotros y los hermanos, es una tendencia a la encarnación. Una vez más, la aparente recepción pasiva se convierte en impulso para la acción

concreta, porque el amor recibido no puede quedarse en discursos ni en ideas bonitas.

Como sucede en física, las fuerzas ejercidas sobre la materia provocan movimientos. La fuerza de la encarnación mantiene la dinámica por la que el amor fluye y lleva a la comunión.

“Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo” (1Jn 1,3).

La Buena Noticia de Jesús, desde la que se cimienta la comunidad a la que se dirige este escrito, lleva a la comunión. Por eso, quienes negando al Hijo rompen la fraternidad están dejándose mover por una fuerza muy distinta a la que impulsa el amor. Esta unión estrecha no se realiza solo con la Trinidad y entre los hermanos, como afirma este versículo, sino que también se realiza en el interior del creyente. La profunda interrelación entre el amor y la fe, que hemos ido desggranando a lo largo de estas páginas y que atraviesa el libro neotestamentario, supone una percepción unificada del cristiano, en la que no hay separación entre la ortodoxia y la ortopraxis. Creer y amar son el núcleo del mensaje de esta carta, tal y como refleja este versículo:

“Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal y como nos lo mandó” (1Jn 3,23).

El amor, en constante movimiento y evolución, no puede ser retenido. La dinámica de encarnación lo mantiene en un constante fluir en todos los sentidos y nos empuja a vivir en la más profunda comunión con Dios, con quienes nos rodean y con nosotros mismos. Y es que, como mucho más tarde cantarán los Beatles, 1Jn también podría haber afirmado que “todo lo que necesitamos es amor”.

